

Cuadernos del Sur

Sociedad • Economía • Política

Número 3



Julio-Septiembre de 1985

Tierra  fuego
del

Continuidad y cambio en el movimiento sindical argentino

Hugo del Campo

1. En la historia del movimiento sindical argentino hay una inflexión evidente, que se produce hacia 1943-46.

Hasta entonces, éste no llegaba a reunir más que a una minoría de los asalariados. Sus organizaciones, independientes del Estado, eran más toleradas que reconocidas por el mismo. Dividido en corrientes ideológicas de origen europeo, sólo algunas de ellas estaban vinculadas con un partido político (comunista y, en forma más laxa, socialista), mientras que otras (anarquistas, “sindicalistas”¹) rechazaban por principio esa vinculación. El peso de ese movimiento obrero en la vida política nacional era mínimo.

Desde entonces, por el contrario, creció rápidamente hasta incorporar a la mayor parte de los trabajadores. Primero fue absorbido por el aparato estatal peronista y luego, aunque alternando entre el oficialismo y la oposición, se mantuvo siempre extremadamente conectado con el Estado, que ya no pudo desconocer su importancia ni aún durante los periodos en que lo proscribió. Encontró su identidad política, abrumadoramente mayoritaria, en el peronismo y, convertido en el eje de ese movimiento, desempeñó un papel siempre decisivo en la política nacional.

Pero esta inflexión ha sido magnificada y explicada de tal manera que parece que se tratara de dos movimientos sindicales diferentes, sin relación entre sí, separados por un súbito cataclismo donde desaparece sin dejar rastros todo el sindicalismo anterior y emerge de la nada uno absolutamente nuevo, sin vínculos con el pasado. Más que inaugurar una nueva etapa en el desarrollo de un mismo proceso, esos años marcarían entonces un corte radical que separaría dos fenómenos cualitativamente diferentes.

¹ Como la palabra tiene una acepción amplia —referente a la actividad sindical en general— y una restringida —relativa a los partidarios del “sindicalismo revolucionario” o “anarco-sindicalismo”—, la pondremos entre comillas cuando la usemos en el segundo sentido.

2. Hay dos explicaciones más o menos canónicas de ese corte que, aunque provengan de ópticas opuestas, coinciden en lo fundamental.

Según una, entre esos años apareció un sindicalismo nuevo, inspirado por Perón. “Nacional” y de orientación “humanista y cristiana” — por oposición al anterior, internacionalista y dominado por ideologías foráneas—, supo atraer a la masa de los trabajadores nativos, sobre todo a los recién llegados del interior, y generó espontáneamente sus propios dirigentes. Este nuevo sindicalismo, plenamente reconocido e institucionalizado durante el gobierno peronista, se convirtió desde entonces en la “columna vertebral” del movimiento.

Según la otra, lo que realmente ocurrió fue que los “auténticos” sindicatos fueron destruidos; sus dirigentes, perseguidos y encarcelados. El lugar de ambos fue ocupado por organizaciones y dirigentes creados desde el gobierno, y que se convirtieron en meros apéndices del mismo, dentro de un proyecto de corte fascista tendiente a implantar el control estatal sobre la clase trabajadora. El estado de “disponibilidad” de los migrantes internos, llegados a la ciudad y a la industria sin identidad política ni tradición sindical, permitió que la demagogia de Perón tuviera éxito y que se incorporaran en masa a los nuevos sindicatos.

Las dos versiones coinciden en que hubo un corte radical en el desarrollo del movimiento obrero; en que la presencia de una masa de trabajadores “nuevos” tuvo una influencia decisiva sobre el cambio de orientación; y en que la causa determinante de ese cambio fue Perón.

No se puede negar que esta interpretación, en sus dos variantes, refleja hechos reales. Pero los historiadores tenemos una desconfianza instintiva frente a esquemas tan simples. Pero los historiadores tenemos una desconfianza instintiva frente a esquemas tan simples; sospechamos que en todo proceso de cambio hay también elementos de continuidad, y que, por poderosa que sea la influencia de un personaje, éste no puede sino combinar de una manera nueva los materiales que encuentra dados en la realidad, y no crearlos de la nada.

Sin embargo, aunque la interpretación “catastrofista” ya había sido cuestionada hace más de diez años², no fue sino hasta fecha muy reciente que aparecieron los frutos de investigaciones más detalla-

² Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero. *Estudios sobre los orígenes del peronismo*. 1. Buenos Aires, Siglo XXI, 1971.

das que hoy permiten discutirla con mayor fundamento empírico³. Es sobre la base de esos nuevos aportes, que confirman en gran medida nuestras sospechas, que intentaré aquí sintetizar mis puntos de vista sobre el tema.

3. Por empezar, es un hecho comprobado que casi todos los dirigentes sindicales que apoyaron a Perón en su ascenso al poder eran ya dirigentes más o menos importantes antes de 1943. Un Cipriano Reyes, lejos de ser la norma, es más bien una excepción.

La mayoría de esos dirigentes tenía, por el contrario, una larga trayectoria sindical, como el presidente del Partido Laborista, Luis F. Gay —secretario de la Federación de Obreros y Empleados Telefónicos desde 1928—, o su rival Angel Borlenghi —que dirigía la Federación de Empleados de Comercio desde 1931—.

Muchos de ellos provenían, por otra parte, de las filas del Partido Socialista o de las organizaciones vinculadas con él, y los sindicalistas de esa tendencia que se mantuvieron fieles a la línea anti-peronista del partido fueron los menos. También en este caso, un Pérez Leirós es más bien la excepción que confirma la regla; la mayoría de los dirigentes sindicales socialistas se hicieron peronistas y aportaron los principales cuadros a esa nueva orientación.

El único grupo de sindicalistas que no sufrió diserciones importantes fue el que respondía al Partido Comunista.

4. Otro tanto puede decirse de las organizaciones sindicales.

Es cierto que las dirigidas por los comunistas fueron perseguidas y destruidas, y reemplazadas por sindicatos paralelos fomentados desde el gobierno (aunque algunos de ellos, como la Unión Obrera Metalúrgica o la Unión Obrera de la Construcción habían sido fundados inicialmente por socialistas opositores a la mayoría comunista de esos gremios).

Peor, del resto, una sola fue intervenida con la intención de cambiar sus dirigentes: la Unión de Obreros y Empleados Municipales, controlada por Pérez Leirós desde 1919. Los otros dos sindicatos intervenidos durante esos años —la Unión Ferroviaria y La Fraternidad— lo fueron antes de que Perón empezara a manejar a la política sindical, y él los devolvió rápidamente a sus autoridades anteriores.

³ En 1984 apareció la obra de Hiroshi Matsushita *Movimiento obrero argentino, 1930-45. Sus proyecciones en los orígenes del peronismo*. Buenos Aires. Siglo Veinte, y mi libro *Sindicalismo y peronismo. Los comienzos de un vínculo perdurable*. Buenos Aires. CLACSO. Aunque producto de investigaciones independientes y partiendo de diferentes hipótesis, ambos trabajos coinciden en algunos puntos claves.

Todos los demás sindicatos conservaron sus autoridades o las renovaron normalmente, y, de ellos, sólo dos organizaciones importantes no se hicieron peronistas: La Fraternidad —aunque después de algunas vacilaciones— y la Federación Gráfica Bonaerense. Sugestivamente, los dos gremios eran considerados como la “aristocracia obrera” de la época.

Pero esto no quiere decir, como pretende otro de los mitos relacionados con el tema, que hayan sido los sectores más sumergidos, desorganizados e inexpertos de la clase obrera los que siguieron a Perón.

Si nos atenemos a los hechos vemos que, por el contrario, el papel clave en la iniciación de una corriente sindical pro-peronista fue desempeñado por los ferroviarios: gremio relativamente privilegiado y, sin duda, el mejor organizado de la época, con una sólida tradición sindical y que era visto como guía y modelo por los demás. Y los que se le fueron sumando no eran menos tradicionales ni menos representativos del movimiento sindical de los años 30: tranviarios, estatales, empleados de comercio...

Los sindicatos nuevos —como la Federación Obrera Tucumana de la Industria Azucarera, o el autónomo de la carne— desempeñaron un papel importante en movilizaciones populares como la del 17 de octubre, pero las *estructuras* sindicales sobre las que se apoyó Perón fueron sustancialmente las mismas que existían en 1943, con los mismos dirigentes a la cabeza.

5. Podría pensarse que la renovación se produjo en la base de esas organizaciones, obligando a sus dirigentes a adecuarse a las demandas de una masa importante de nuevos afiliados. Pero eso tampoco ocurrió.

El aumento del número de trabajadores organizados entre los censos sindicales de 1941 y 1945 fue de un 20 %, porcentaje casi idéntico al que se dio entre 1936 y 1941 y que revela más bien un crecimiento continuo que una súbita irrupción.

Además, la mayor parte del aumento se registra en los sectores en que se fundaron nuevos sindicatos, de modo que la renovación de los tradicionales fue todavía menor. Y todos los sindicalistas de la época —por ejemplo, los entrevistados en el Proyecto Historia Oral del Instituto Di Tella— coinciden en afirmar que el ingreso masivo de los “cabecitas negras” en los sindicatos sólo se produjo después de 1946.

6. En suma, entonces, hoy se puede afirmar que el movimiento sindical que apoyó a Perón en su ascenso al poder fue esencialmente el mismo que existía en 1943. Pero ésta es, en todo caso, una consta-

tación, que investigaciones más detalladas podrán confirmar o desmentir. Resulta más difícil encontrar una explicación.

Para ello quizá deberíamos empezar por revisar la imagen habitual que tenemos del sindicalismo pre-peronista. Este estaría compuesto por obreros ideológicamente “esclarecidos” —es decir, más o menos revolucionarios—, democráticamente organizados, con dirigentes idealistas y abnegados y, sobre todo, muy celosos de la independencia de sus organizaciones frente al poder político.

Pero esta imagen, que resulta más o menos adecuada para reflejar el sindicalismo de 1915, tiene poco que ver con el que existía treinta años después. Porque entre esos años se habían ido desarrollando en el movimiento obrero una serie de tendencias que podemos resumir en tres; a la burocratización; al reformismo pragmático; a la vinculación con el poder político.

7. La primera es consecuencia casi inevitable del crecimiento de las organizaciones. Recordemos que la Unión Ferroviaria tenía alrededor de 100.000 afiliados y la CGT más de 300.000; organismos de esa magnitud ya no se pueden manejar por asamblea. Los cuerpos directivos adquieren un amplio margen de autonomía y, dentro de ellos, un grupo de dirigentes rentados y estables —que maneja los fondos y la prensa sindical— tiende a controlar el conjunto de la organización.

Por otra parte, el control de semejantes organismos significa poder. Entonces, no es extraño que esos dirigentes buscaran perpetuarse, tendieran a constituir una capa diferenciada del resto de los afiliados y a desarrollar intereses propios, el principal de los cuales sería mantener ese poder.

Para eso no dejarán de utilizar, sobre todo a partir de 1930, una serie de recursos que generalmente creemos más modernos; expulsión de opositores; manipulación de congresos; fraude en las elecciones; pedidos de intervención al gobierno e, incluso, la violencia física (como en la ocupación del local de la CGT en 1935 o en el tiroteo con que se impidió un hecho similar frente a la Unión Ferroviaria al año siguiente). Esos métodos, por cierto, no eran monopolio de ninguna tendencia en particular; si los “sindicalistas” postergaron la convocatoria del Congreso Constituyente de la CGT durante cinco años, los socialistas —que, utilizando ese argumento, los destituyeron mediante un “golpe de Estado”— retardaron a su vez la convocatoria del Comité Central Confederal —que estatutariamente debía reunirse cada cuatro meses— durante dos años y medio cuando las condiciones les parecieron desfavorable.

Por otra parte, si hasta entonces los enfrentamientos internos del movimiento obrero podía explicarse por motivos ideológicos, desde

el 30 escada vez más difícil hacerlo. la división de la CGT en 1935 sólo responde parcialmente a las disidencias entre “sindicalistas” y socialistas detrás de eso está la puja entre dos facciones, dos grupos de dirigentes nucleados alrededor de dos caudillos sindicales —Tramonti y Domenech— cuyas relaciones con esas corrientes ideológicas son, por lo menos, ambiguas. Y en 1943 los que se disputan la dirección de la CGT y producen su división son dos afiliados socialistas. Los dirigentes sindicales ya no luchaban sólo por imponer sus ideas; luchaban también por el poder.

8. Ese papel decreciente del factor ideológico en el ámbito sindical se ve confirmado por la escasa diferencia entre la orientación de las dos tendencias mayoritarias: socialistas y “sindicalistas”. Ambas parecen coincidir, en la práctica, en lo que —a falta de una mejor definición— podemos llamar el “reformismo pragmático”, para distinguirlo a la vez del reformismo doctrinario de los socialistas y del simple economicismo.

El objetivo fundamental del movimiento obrero se fue limitando paulatinamente a la obtención de mejoras concretas e inmediatas, dejando en un segundo plano cada vez más olvidado la cuestión de los fines últimos —revolución o reforma de la sociedad—. Pero, al mismo tiempo, se desarrolló una conciencia cada vez más clara de que esas mejoras no dependían tanto de la confrontación económica directa con los patrones, sino que decisiones más generales del poder político y de la capacidad del movimiento sindical para presionar sobre el mismo.

Esta actitud predominante sobre todo en el interior de la corriente “sindicalista” y que ya se advierte en el programa mínimo de la CGT de 1931, terminó por teñir toda la ideología del movimiento obrero —con la excepción de los comunistas— durante la década del 30.

9. Y esto nos lleva a la última de las tres tendencias mencionadas. Para conseguir esas mejoras dependientes del poder político, o el reconocimiento necesario para poder gestionarlas legalmente, el movimiento sindical exhibirá una actitud cada vez más moderada frente al Estado; de no oposición e incluso de colaboración con todos los gobiernos. Recordemos, por ejemplo, que la única huelga general de la década, en 1936, no contó con el apoyo de la central.

A cambio de eso, la CGT y los sindicatos más importantes fueron obteniendo un reconocimiento creciente por parte del Estado; sus dirigentes tenían acceso fácil y frecuente al presidente, los ministros y otros altos funcionarios; participaban en comisiones mixtas, al lado de patrones y delegados estatales, como representantes de los trabajadores, etc.

Pero este reconocimiento implicaba también un cierto grado de control; no es casual que en 1936 se levante el primer censo de asociaciones profesionales. La intervención del Estado, que ya se había hecho rutinaria en los conflictos laborales, comenzaba también a manifestarse en el interior del ámbito sindical. Los dirigentes comunistas, por ejemplo, eran abiertamente discriminados en sus gestiones ante el Departamento Nacional del Trabajo, como lo serían más tarde en la Secretaría de Trabajo y Previsión. En cambio, tanto el presidente de ese Departamento como el ministro de Obras Públicas y hasta el propio presidente Ortiz intervinieron activamente en las negociaciones que llevaron a la reunificación de la Unión Ferroviaria cuando ésta se dividió: ése era un sindicato “de orden”, cuya integridad interesaba al Estado conservar porque evitaba la proliferación de conflictos en un medio que era vital para la economía de la época.

10. Y había también otro motivo, igualmente precursor; Ortiz apoyaba a una de las facciones que se disputaban el sindicato —la de Tramonti y los “sindicalistas”—, que a su vez lo habían respaldado durante la campaña electoral. Porque, siguiendo el ejemplo de Yrigoyen —que ya se había relacionado con dirigentes sindicales desde 1916—, Ortiz no desdeñó buscar ese tipo de alianzas.

Pero tampoco estaba dispuesto a llegar demasiado lejos: como no pudo salvar a sus aliados pese a su intervención directa, tuvo que conformarse con el alejamiento de Domenech, que lidreaba la facción rival: ya no podía dirigir la Unión Ferroviaria alguien que no tuviera buenas relaciones con el presidente de la nación.

Los “sindicalistas”, por su parte, no habrán titubeado demasiado en vincularse con Ortiz. Después de haber sido claramente pro-yrigoyenistas hasta 1930, ya habían suscripto una declaración de apoyo a Uriburu en ese año y otra de respaldo a Justo tres años después. Y aunque esa actitud pro-oficialista fue otro de los argumentos utilizados para desalojarlos de la conducción de la CGT, sus sucesores socialistas tampoco dejaron de organizar un acto de apoyo a Ortiz cuando un escándalo financiero lo obligó a presentar su renuncia, ni de mantener las mejores relaciones con el gobernador Fresco en la provincia de Buenos Aires.

11. Vale decir que durante la década del 30 el movimiento sindical fue acercándose cada vez más al Estado, y que sus dirigentes buscaban vincularse con los gobernantes, ofreciéndoles apoyo político a cambio de una actitud receptiva para las demandas de sus gremios e, incluso, de un respaldo directo que reforzara su poder sindical.

Y así vemos cómo convergen y se anudan las tres tendencias de que hablamos; la burocratización y el reformismo pragmático impulsaban hacia la vinculación con el poder político y eran a su vez reforzadas por ésta.

Llegamos entonces a la antesala del peronismo; para que éste aparezca sólo falta que alguien, desde las esferas del poder, reconozca y recoja estas tendencias del movimiento sindical y sepa combinarlas con su propio proyecto político.

Porque si ese paulatino acercamiento entre el movimiento sindical y el Estado no llegó más lejos antes del 43 no fue porque los dirigentes sindicales no estuvieran dispuestos a hacerlo, sino porque no le interesaba mayormente a quienes controlaban el Aparato Estatal. Es sintomático que el único presidente de la década del 30 que buscó cierto apoyo en el movimiento obrero sea el que proyectaba terminar con el sistema del fraude electoral; los demás no necesitaban votos reales. Como les decía Fresco a los dirigentes sindicales, su preocupación por los trabajadores era totalmente desinteresada, porque él los votos los conseguía de otra manera...

12. Es con estos elementos que se encontró Perón al empezar su carrera política, y es sobre ellos que operó su talento creador y su originalidad.

El buscaba, como todo político, conservar y aumentar el poder que había alcanzado —en su caso, gracias a su influencia en el seno del ejército—. Para eso, necesitaba legitimarlo y asentarlo sobre una base más amplia. Lo que lo diferencia de todos los otros políticos de su tiempo fue su descubrimiento de que el movimiento sindical existente podría ser el medio más eficaz para lograrlo. Otros habían entrevisto la posibilidad de utilizarlo como apoyo, pero ninguno tuvo la sagacidad de valorarlo en toda su importancia ni la audacia de transformarlo en el eje y principal base de sustentación de un movimiento político más amplio.

El genio político de Perón no consistió, entonces, en crear algo de la nada, sino en haber sabido captar las características y las tendencias del movimiento sindical existente; en haber sido el único en intuir la fuerza política potencial que éste encerraba, y en haber logrado articular esa fuerza con otras no menos importantes, como el ejército y la Iglesia.

13. Para la mayoría de los trabajadores, por su parte —empezando por los dirigentes sindicales—, la identificación con Perón significaba la posibilidad concreta e inmediata de ver hacerse realidad muchas de las aspiraciones por las que bregaban desde

hacía décadas: de ver plenamente reconocidos e institucionalizados sus sindicatos y —sobre todo— de verlos convertirse en una fuerza política de primera magnitud, capaz de llegar al poder, cosa que nunca habían podido ofrecerle socialistas ni comunistas.

Había, pues, una coincidencia objetiva entre los proyectos políticos de Perón y las tendencias del movimiento sindical. Pero para que esa coincidencia llegara a concretarse tuvo que intervenir también ese humilde personaje de la historia —tan despreciado por nuestros colegas de formación más teórica, politicólogos y sociólogos pero que los historiadores no podemos darnos el lujo de olvidar—, la coyuntura. Y es ella la que explica, en buena medida, la forma específica que adquirió el producto de esa convergencia.

14. Perón intentó al principio — como lo demuestran todos sus actos y palabras de la época— ganarse al mismo tiempo el apoyo de la clase obrera y de un sector relativamente marginado de la clase dominante: la burguesía industrial. Pero el rechazo que encontró por parte de los representantes de esta última, así como el éxito que tuvo con los de la primera, no le dejó otra alternativa que apoyarse únicamente en ellos. De lo contrario, tanto el peronismo como cuarenta años de historia argentina hubieran sido diferentes.

Ahora, contar solamente con el respaldo de la clase obrera —o, más precisamente del movimiento sindical— significaba una gran debilidad frente a la poderosa coalición de fuerzas opositoras que se formaba. Recordemos que allí estaban todos los partidos políticos tradicionales, del conservador al comunista; todas las organizaciones patronales; casi toda la prensa; la “intelligentzia” la Universidad... y todo ello con el respaldo de la primera potencia mundial.

Además, sin contrapeso, un apoyo exclusivamente obrero hubiera llevado probablemente a Perón mucho más allá de lo que él se proponía.

De modo que tuvo que compensar la falta de un ala empresaria con dos fuerzas sustitutas, pero no menos importantes: el ejército y la Iglesia. El “corporativismo” que caracterizaría en lo sucesivo la vida política argentina estaba en marcha.

Pero sabemos en qué medida estos dos factores de poder, relativamente autónomos respecto a las clases sociales, responden a motivaciones ideológicas. Para lograr su incorporación o su permanencia en la alianza era necesario entonces transformar la ideología dominante en el movimiento sindical — todavía más o menos socializante pese a los avances del reformismo pragmático— en una ideología “nacional” y cristiana.

Sin embargo, esto no podía lograrse de un día para el otro, y lo que Perón hizo al comienzo —atendiendo a la necesidad prioritaria de ganarse a la clase obrera— fue todo lo contrario: transformar su propio discurso ideológico inicial, de resonancias fascistoides, en un lenguaje cada vez más socializante, como se ven en los discursos que pronunció entre 1943 y 1946.

Es cierto que la abierta intervención del Departamento de Estado norteamericano fue exacerbando el tono nacionalista de la campaña electoral hasta llegar a sintetizar la disyuntiva en la fórmula “Braden o Perón”. Pero analizando los discursos de Perón vemos que la temática social —y socializante— predomina netamente sobre los aspectos nacionalistas y “cristianos” hasta 1946. Sólo después de esa fecha comenzaría a operarse lentamente el viraje ideológico de unos sindicatos cada vez más subsumidos en el aparato estatal y a los que ahora sí se incorporaba una masa creciente de trabajadores “nuevos”, sin tradición sindical y que no se habían formado en las ideologías tradicionales del movimiento obrero.

15. Al mismo tiempo, los antiguos dirigentes iban siendo reemplazados por otros, cada vez más sumisos a la conducción autoritaria y personalista de Perón. Porque si ésta había logrado legitimar su poder gracias a los sindicalistas de la vieja guardia, que habían organizado el Partido laborista y la campaña electoral —una vez en la presidencia no tardaría en liberarse de esos aliados, que amenazaban con trabar su libertad de movimientos y obstaculizar sus planes políticos.

Por un lado, Perón insistiría —y esta vez con más éxito— en atraerse el apoyo de un sector de la clase dominante; por el otro, debía conservar el sostén del ejército siempre desconfiado del militar obrerista. Para ambas cosas era necesario que el poder alcanzado por los sindicatos y sus dirigentes estuviera estrictamente controlado. De ahí la orden de disolución del Partido laborista y la paulatina subordinación de la CGT a la autoridad de Perón, que culmina en 1947 con la maniobra que obliga a renunciar a Luis F. Gay. Ya el poder carismático de Perón y su comunicación directa con las masas hacía innecesaria la intermediación de los dirigentes sindicales tradicionales.

16. De modo que la transición de un sindicalismo independiente y socializante a un sindicalismo estatal, “nacional” y cristiano —la pérdida de autonomía y la conversión ideológica del movimiento sindical—, fueron mucho menos bruscas de lo que habitualmente se piensa: preparada en muchos aspectos durante la década del 30, se prolonga también bastante después de 1946.

Para muchos de sus protagonistas habrá resultado, entonces, casi insensible. Si en el caso de los migrantes internos —sobre el que tanto se ha insistido— el paso del autoritarismo paternalista del patrón rural o del caudillo local al liderazgo carismático de Perón no representaba una profunda ruptura, en el caso de los “viejos” trabajadores urbanos la transferencia de lealtades desde sus dirigentes tradicionales más o menos burocratizados y vinculados con el poder político— hacia un dirigente sindical único, que *detentaba* el poder político y que lo ejercía en beneficio de los trabajadores, tampoco resultaría excesivamente traumático, ya que además se mantenía dentro del marco de la estructura sindical existente y de la ya predominante ideología del reformismo pragmático.

17. Perón no se apoyó entonces —como pretenden las dos versiones canónicas de las que hablábamos al comienzo— ni solamente ni principalmente sobre los trabajadores “nuevos”. Estos pudieron aportar su presencia en las movilizaciones populares y su voto en las elecciones del 46, pero las estructuras sindicales que permitieron canalizar ese apoyo inorgánico y lo llevaron al triunfo fueron las que habían organizado, componían y dirigían los trabajadores con más larga duración urbana y sindical.

El llamado de Perón fue entonces recibido y respondido por todos los sectores de la clase obrera de la época. porque respondía a sus aspiraciones y expectativas concretas y reflejaba el nivel real de conciencia que habían alcanzado. Y porque, además, del otro lado estaban claramente alineados todos los enemigos tradicionales y visibles: la Sociedad Rural, la Unión Industrial, las demás organizaciones patronales...

Paradójicamente, partiendo del propósito declarado de “suprimir la lucha de clases”, la actuación política de Perón había desencadenado un proceso que culminó en 1945-46 en una situación de “clase contra clase” imposible de evadir. Fue en esas condiciones que se produjo la unificación de la clase obrera en torno a la figura de Perón y su irrupción en la escena política como una fuerza decisiva.

18. En suma, pensamos que —lejos de ser la antítesis del sindicalismo peronista y de desaparecer de la escena histórica barrido por éste— el sindicalismo pre-peronista fue la matriz que engendró a su sucesor, al cual además se incorporó mayoritariamente. Perón no hizo más que acelerar y dar la oportunidad de concretarse a las tendencias que venían operando desde mucho antes en el movimiento sindical y, en este sentido, es tanto su renovador como su producto.

Sólo así se comprende que la nueva etapa de la historia del movimiento obrero argentino inaugurada en esos años durara casi tanto como todas las anteriores juntas: si dejamos de lado la “prehistoria” del movimiento sindical en el siglo pasado, vemos que en el actual, frente a quince años de predominio anarquista, veinte de mayoría “sindicalista” y nueve o diez de orientación socialista y comunista, hay cuarenta años de sindicalismo peronista. Este sobrevivió a la pérdida del poder, a la muerte de su líder, a las campañas de “desperonización”, a todas las proscripciones y persecuciones... ¿Hubiera sido así si no expresara tendencias fuertemente arraigadas en la clase trabajadora?

En cambio, las innovaciones que no provenían de tendencias propias del movimiento obrero, sino que fueron impuestas por necesidades políticas de la coyuntura en que se formó el peronismo — como la conversión ideológica y el control estatal — se han mostrado mucho menos duraderas y profundas. El control estatal sobre los sindicatos, aunque variando el ritmo de las situaciones políticas nunca volvió a ser igual que en 1946-55, y la doctrina “nacional” y cristiana sólo sirvió generalmente para adornar con su retórica y presentar en forma más potable y tranquilizadora para los factores de poder a la verdadera ideología del reformismo pragmático.

19. Somos concientes de que esta interpretación abre más interrogantes que los que pretende contestar. ¿Por qué se desarrollaron esas tendencias en el movimiento obrero de la década del 30? ¿Por qué los partidos socialista y comunista no lograron encauzar más eficazmente las aspiraciones del movimiento sindical y vincularse más solidamente con él? ¿Por qué los sectores patronales rechazaron de plano y en bloque los intentos iniciales de Perón por incorporarlos a su movimiento y transformaron así la opción del 45-46 en un enfrentamiento de clases? ¿Estuvo el movimiento sindical totalmente sometido al aparato estatal durante la década peronista? Y, de ser así, ¿cómo se explica su resurgimiento frente a un gobierno hostil después de 1955? Y, fundamentalmente, la gran pregunta: ¿cómo se explica que el peronismo haya seguido constituyendo la identidad política de la casi totalidad del movimiento sindical durante cuarenta años?

Si las ideas aquí expuestas sirvieran para incitar — además de las críticas que espero — a buscar una respuesta a esas preguntas, este trabajo habrá cumplido su objetivo.

París, septiembre de 1984